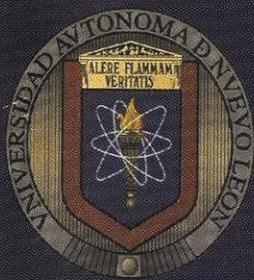


HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

2005



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Edición 32

Universidad Autónoma de Nuevo León

XAVIER VILLAURRUTIA EN UN ACTO

Román Cortázar Aranda
Becario del Centro de
Escritores de Nuevo León

*Yo soy inasible en la inmanencia. Pues yo
resido igualmente en los muertos que en
los seres que todavía no han nacido. Un
poco más cerca del corazón de la creación
de lo que es habitual y, sin embargo, no
tanto como desearía. Paul Klee*

*No hay nada sobre la tierra que tienda
con tanta fuerza a la belleza y se
embellezca con mayor facilidad que el
alma... Por eso muy pocas almas resisten
a un alma que se entrega a la belleza*

Maeterlinck, *De la belleza interior*

Primera llamada

¿Cómo dialogar con la estatua de Xavier Villaurrutia? ¿Cómo hablarle a ese busto marmóreo en que anidan las arrugas del tiempo transfiguradas en olvido, en smog o en moho impregnado en su cutis poroso? Una estatua venerada por los fanáticos del panegírico, siervos del Estado y que con éste labran sus canonjías. ¿Qué decirle a ese busto muerto que representa a un hombre al que hace muchos años devoraron los gusanos, más allá de la loa vulgar a la que sin duda se ha acostumbrado? ¿Cómo decirle que aquí estoy yo, una pluma joven, seducida por ese rumor de historias y ficciones, de versos inalcanzables, llena de contradicciones, de dudas y definiciones titubeantes? ¿Qué decirle a ese Xavier Villaurrutia que como yo un día tomó una decisión de vida y una entrega? En fin, cómo alejarme de la glosa para ir más allá del huero apologético que se inscribe en la lógica estamentaria y sus obsesiones genesíacas.

Villaurrutia, sí, el mismo de:

Alfonso Estrella Universidad

La muerte toma siempre la forma de la alcoba que nos contiene.
Es cóncava y oscura y tibia y silenciosa,
se pliega en las cortinas en que anida la sombra,
es dura en el espejo y tensa y congelada,
profunda en las almohadas y, en las sábanas, blanca.
(Villaurrutia, 1966: 60)

Villaurrutia, sí, el mismo que hace de su cuerpo mañanero una oquedad y de su literatura una historia del sueño, el insomnio, la soledad, la esterilidad y la muerte. Una escritura que no ha sido escrita para una caterva de espectadores y que, sin embargo, encuentra seducidos cómplices que aman su inteligencia y la voluntad de muerte de su pluma.

Cómo saber que Villaurrutia es ese gran poeta que exaltan las crónicas de la historia de la literatura mexicana, tan llena de discursos papirofléxicos, de obsesiones fundacionales de una identidad que no se sabe o no se atisba, que se origina en el festín de una lucha armada sin sentido; de una bola que como vorágine traga y aplasta y salda cuentas al fin con nadie y con todos; de una necesidad enfermiza por descubrir esencias, por construir ficciones que son hitos a la Samuel Ramos, a la Octavio Paz, a la... ala... ala que carece de cuerpo, sin ave y sin centro.

Xavier, Xavier Villaurrutia: tu busto yace desde hace más de veinte años, desde hace treinta o cincuenta en las páginas de cientos de revistas. Inmolado en vastas argumentaciones que te proponen hasta como un gran dibujante. Porque tu poesía posa su mano fría sobre tu teatro, tu ensayo, tu crítica. Todo es grande en ti. Hasta tú que respirabas el mismo aire que los demás, la misma demagogia, la misma contaminación, la misma fetidez de los arrabales acumulada en conchas gigantes. Por lo menos nunca fuiste un apóstata; sabías bien el sentido de tu vida. Ni un arlequín o un avecindado en la locura. Xavier Villaurrutia, no sé si hablo con tu busto o con tu fantasma. Pero hablo.

Entrar en tu laberinto, en la construcción objecta que es tu poesía siempre decorada de espejos, de sombras, sostenida por muros. Acaso el muro es tu propia conciencia de poeta, de hombre solitario, de vulgar comedor de ensalada que usa maquillaje y que de noche sale a la caza, instigado por tu pastor antípoda Novo, de carnes trémulas y frescos alientos juveniles. Acaso tus muslos sean de yeso y tus *manos de hielo*. Háblame Xavier prestidigitador para escuchar la verdad de ese *latido del mar en que no sé nada / en el que no se nada*. (Ídem, p. 47)

Xavier, supiste sortear los devaneos de la política nacional, como Borges, como Reyes, como García Ponce, porque sabías que el arte es una alta misión más allá de mezquindades y rastreras vinculaciones con la ideología de un Estado. Mejor te dedicaste a escribir versos en la nocturnidad de tu alcoba, a trazar la gloria de un teatro al que te negaste a darle esa grandeza por la que clamabas, a traducir en el escritorio de tu mano lenguas que aprendiste, a leer obras de poetas de tu misma estirpe, a escritores dueños de tu misma genealogía. Xavier, miro tu estatua labrada en 1096 páginas y cierro el libro de tus *Obras Completas* pensando que esta es la primera llamada para no regalarte ofrendas falsas. Creo que nos hubieras aborrecido.

Segunda llamada

Un laberinto siempre se cifra sobre un enigma. Deambulando por sus pasillos y vericuetos hay un minotauro en actitud pasiva, *pues se sobreentiende que la vida es siempre la muerte de alguien*. (Artaud, 1971: 104) Y allí, en el centro del edificio cuadrangular, está la voz del poeta Villaurrutia con su tono monocorde y su estética quizá monotemática. Allí está el hombre seducido por la *atracción vertiginosa de los abismos interiores*. (Xirau, 1989: 326) Ese hombre culpíjeno que da la espalda a un mundo cuya sonrisa deludida y delusoria conforma una sensualidad hueca. Ese hombre que opta por la experiencia de la soledad que es, para él, una experiencia del vacío:

¡Al fin llegó la noche a inundar mis oídos
con una silenciosa marea inesperada,
a poner en mis ojos unos párpados muertos,
a dejar en mis manos un mensaje vacío! (Villaurrutia, 1966: 54)



Xavier Villaurrutia: la muerte te sigue como tu propia sombra, porque eres un poeta del amor y, precisamente por eso, llegas a ser un poeta de la muerte:

Amar es provocar ese dulce instante
en que tu piel busca mi piel despierta;
saciar a un tiempo la avidez nocturna
y morir otra vez la misma muerte
provisional, desgarradora, oscura. (Ídem. p. 77)

Al hablar nos muestras tu sumisión a la necesidad de hablar. Con las palabras te despojas de ti mismo y acentúas tu ausencia en la presencia del lenguaje. Al fin, la muerte no puede nombrarse sin la desaparición de aquel que nombra. Para ti, la muerte, el vacío, es nostalgia, *nostalgia y atracción de vacío tu propia muerte*. (Xirau, 1989: 323)

Quién adivinaría en tus ojos de muchachito de dieciséis el mismo espíritu de la mirada del Gustav von Aschenbach, de Thomas Mann. Otra vez: la muerte. Acaso porque la forma, la Belleza, está más allá de la vida: en el origen. Y tu poesía, que no tu teatro de palabras formuladas y reformuladas: apoplejía del acto, resfrío de la pausa: inutilidad de la palabra, es acaso un intento por extraer el *mythos* de esa morada alrededor de la cual danzan en circunvalaciones casi infinitas los cuerpos palpitantes del *logos*. Miro tu mano y advierto que sus dedos largos femeninos delicados y su textura suave prefiguran una sutil pasividad, una mórbida espera, la fragua de un trabajo esmerado de noctámbulo y que frente al muro o el espejo se extenua. Tu mirada no posee una llama férvida, esa exterioridad lumínica de los exaltados; antes bien, parece el oráculo de tu propia vida: el abrupto anochecer de tu existencia. La blancura de tu cuello, la carencia de alguna mácula, contrasta con lo oscuro de tu traje como el día y la noche. Xavier, fuiste dos, sí, dos Xaviéres: uno, el de traje negro, amigo del alcohol y de los más disímiles deportes nocturnos; y otro, el de cuello intachable, el hombre social del amanecer, que tras su abreviada complexión esconde los más legítimos impulsos, sepultados en un ataúd construido con las tablas de la lucidez y la más conspicua inteligencia. ¡Ay Xavier, por qué habrías de morirte tan joven como si quisieras que esa foto tuya de Villaurrutia a los dieciséis se incrustara entre los recuerdos de nuestra memoria!

Tercera llamada

La soledad. Qué si no soledad es lo permanente en tu poesía. Soledad cerrada, en un dentro sin fuera, en una intimidad cercada por realidades de espejos, de hielos, de muros y yesos:

¡Al fin llegó la noche, la soledad, la espera! (Villaurrutia, 1966: 53)

Hasta en la negación satisfaces tu obsesión: la desrealización de los datos que te arroja la experiencia para así aislarte del mundo:

Yo también hablo de la rosa.
Pero mi rosa no es la rosa fría
ni la piel de niño,
ni la rosa que gira
tan lentamente que su movimiento
es una misteriosa forma de la quietud. (Ídem. p. 57)

Haces de la flor concreta, de la rosa física, esa rosa abstracta *que ha perdido todos sus atributos sensibles*. (Xirau, 1989: 324) La rosa no es, pues:

[...] la rosa de pétalos desnudos,
ni la rosa encerada,
ni la llama de seda,
ni tampoco la rosa llamarada. (Villaurrutia, 1966: 57)
Sino:
Es la rosa que abre los párpados,
la rosa vigilante, desvelada,
la rosa del insomnio deshojada.

Es la rosa del humo,
la rosa de ceniza,
la negra rosa de carbón diamante
que silenciosa horada las tinieblas
y no ocupa lugar en el espacio. (Ídem. p. 58)

Escucha Xavier lo que ahora se dice sobre tu escritura:

Muchas de sus virtudes son el producto de su voluntario alejamiento de la realidad inmediata, de esa mezcla de aristocracia y timidez innata que impulsaban al poeta a alejarse y determinaron en gran medida tanto su vida como su obra. (García Ponce, 2000: 47)

En tu poesía te revelas a ti mismo. Esto lo aprendiste de Gide y de Nietzsche. Y es indudable que tu amor por Gide fue un amor sincero, fiel, y que pervive a través de tus *Obras*. Por eso no te importó más el mundo exterior, porque tu compromiso era únicamente con la

interiorización y ésta no tuvo nunca por objeto el descubrimiento de la verdad.

¿Recuerdas a Salvador y la complicidad de sus caracteres solitarios y sus lecturas: La Bruyère, Saint-Simon, Huysmans, Balzac, Stendhal y France y, después, cuando se reanudó el flujo de novedades francesas a la librería de Gabilondo, las ediciones amarillas del Mercure: Gide y Cocteau; (Sheridan, 1993: 75) sin soslayar, por supuesto, a James, Claudel, Valéry, Romain, Laurbaud, Maeterlinck y Rodenbach? Sí, nunca pudiste apartarte de André Gide. Acaso tu poesía hubiera sido menor sin la presencia de él, y sin la de Salvador, porque fue éste quien te dio a leer a aquél, no hay que olvidarlo.

Salvador... Salvador... Salvador de tus propias inclinaciones. Incitador. Tentador. El Salvador que no disimulaba sus pulsiones, mientras tú, agazapado en las entrañas de la buena moral y la cultura, no parecías descubrir aún las tuyas. Hasta que... Francisco Argüelles llevaba por nombre de pila, ¿no es cierto? Sí, Francisco Argüelles, el hijo de don Pedro Argüelles, profesor de cultura clásica. Sí, Francisco, el joven que haría que te descubrieras a ti mismo, y concibieras *el amor, sin esperanzas*. (Ídem. p. 78) Quizá desde entonces comenzó la fragua de estos versos:

cuando la vi cuando la vid cuando la vida
quiere entregarse cobardemente y a oscuras
sin decirnos siquiera el precio de su nombre (Villaurrutia, 1966: 51)

¿Cuándo la vida, cuando la muerte o cuando el amor?

Acto único

(Plaza pública. Al sur, la iglesia de arquitectura barroca. A un lado, el sendero a la alameda de los próceres con sus enormes jardines llenos de grillos. Es la hora del crepúsculo.)

Voz. – Así es la verdad. La mano que menos trabaja tiene más delicado tacto. (Shakespeare, 1966: 161)

Xavier. – Por ejemplo, cuando quieres encauzar tus pasiones y tus sujetos amorosos, dejas de hacer el amor y empiezas a hacer arte. El arte es el amor propio. El amor es siempre el amor a lo ajeno. El artista es muy libre de hacer de su capa un sayo. Pero el amante no sabe siquiera cuándo su capa se ha convertido en un sayo. (Villaurrutia, 1966: 619)

Voz. – El problema es saber si en este mundo que cae, que se suicida sin saberlo, se encontrará un núcleo de hombres capaces de imponer esta noción superior, hombres que restaurarán para nosotros el equivalente natural y mágico de los dogmas en que ya no creemos. (Artaud, 1971: 32)

Xavier. – Hasta ahora, yo mismo, en la prosa no he pretendido sino encontrar palabras adecuadas a una nueva sensibilidad en mí y fuera de mí. (Villaurrutia, 1966: 611)

Voz. – Para que exista arte, para que exista un hacer y un contemplar estéticos, es indispensable una condición fisiológica previa: la *embriaguez*. La embriaguez tiene que haber intensificado primero la excitabilidad de la máquina entera: previamente no hay arte alguno. Todas las especies de embriaguez, por muy diferentes que sean sus condiciones, tienen la fuerza para lograrlo: sobre todo la embriaguez de la excitación sexual, esa forma de embriaguez, la más antigua y originaria. Asimismo, la embriaguez que procede de todos los grandes apetitos, de todos los afectos fuertes; la embriaguez de la fiesta, de la pugna, de la osadía, de la victoria, de todo movimiento extremo; la embriaguez de la crueldad; la embriaguez de la destrucción; la embriaguez suscitada por determinadas influencias meteorológicas, por ejemplo, la embriaguez primaveral; o la debida al influjo de narcóticos; por fin, la embriaguez de la voluntad, la embriaguez de una voluntad sobrecargada e hinchada. Lo esencial en la embriaguez es el sentimiento de la intensificación de la fuerza y la plenitud. De ese sentimiento hacemos participar a las cosas, se las obliga a tomar algo de nosotros, se las viola... a ese acontecimiento se lo denomina *idealizar*. (Nietzsche, 2001: 224)

Xavier. – “Hasta cierto punto” porque, abandonándose, esta inercia del pensamiento y de la voluntad de leer o de escribir y de avivar la inteligencia conduce a lo que yo entiendo por molición. Está bien encontrar un placer en respirar siempre que, entre dos inspiraciones, no olvidemos que pensar es un placer no menos sensual. (Villaurrutia, 1966: 609)

Voz. – El intelecto, como medio de conservación del individuo, desarrolla sus fuerzas principales en la simulación, pues ésta es el medio gracias al que sobreviven los individuos débiles y poco robustos como aquéllos a los que, en la lucha por la existencia, se les privó servirse de

cuernos o de la aguda dentellada del animal de presa. (Nietzsche, 2001: 210)

Xavier. - ¡Triste situación la que asignamos a las verdades sencillas! (Villaurrutia, 1966: 601)

Voz. - ¿Qué son, en definitiva, las verdades del hombre? Sólo son los irrefutables errores del hombre. (Nietzsche, 2001: 213)

Xavier. - Sin embargo, cualquier hombre que se detenga un día a considerar la pobreza de la vida quedará herido vivamente y, si la inquietud de su alma no lo obliga a seguir el camino ciego a esta fealdad de lo cotidiano y sordo a los ruidos horribles de la existencia mecánica de hoy, tendrá que convenir que es en el arte adonde encontrará un olvido, fugitivo quizás, pero siempre deseable, de la realidad que hace de la existencia un espectáculo insufrible, una representación para individuos sin ningún sentido que no sea sentido común. (Villaurrutia, 1966: 601)

Voz. - Los artistas son a menudo individuos *desenfrenados* precisamente, en tanto que no son artistas. El mejor autor será aquél que se avergüenza de ser escritor. (Nietzsche, 2001: 219, 227)

Xavier. - Quiero un estilo que tenga siempre mi edad, la edad que quiero tener siempre y que es, mejor que la de un joven, la de un adolescente.

Pensará usted: - ¡Pero un adolescente tiene todas las edades!

- Precisamente. (Villaurrutia, 1966: 611)

(*Antes de bajar el telón.*)

Correr hacia tu estatua, Xavier, y encontrar sólo el grito, / querer tocar el grito y sólo hallar el eco, / querer asir el eco y encontrar sólo el muro / y correr hacia el muro y tocar un espejo. (Ídem. Pág. pp. 46-47)

Sobre tu busto ya reposa la sombra nocturna nostalgia de muerte, y tu boca vuelve al paréntesis, a la pausa. ¿Cómo dialogar con Xavier Villaurrutia? Porque tu voz profunda, sospecha de la penúltima letra, anterior a la última, transforma cada "U" en una "X" entera y verdadera. Porque tú no estás aquí, Xavier: tu voz no es de mármol ni de bronce. Estás en la orilla, del otro lado... Sí, del otro lado.

Telón

Bibliografía

ARTAUD, Antonin. *El teatro y su doble*. Sudamericana. Argentina. 1971. Título original: *Le théâtre et son double*. Trad. Enrique Alonso y Francisco Abelanda.

GARCÍA PONCE, Juan. *Las huellas de la voz. Imágenes literarias*. Joaquín Mortiz. "Obras de Juan García Ponce". Volumen II. México. 2000.

NIETZSCHE, Friedrich. *Reflexiones, máximas y aforismos*. Valdemar. "El Club Diógenes". España. 2001. Trad. Luis Fernando Moreno Claros.

SHAKESPEARE, William. *Obras inmortales*. EDAF. España. 1966. Trad. Leandro de Moratín.

SHERIDAN, Guillermo. *Los Contemporáneos ayer*. Fondo de Cultura Económica. "Vida y pensamiento de México". México. 1993. Segunda reimpresión.

VILLAURRUTIA, Xavier. *Obras*. Fondo de Cultura Económica. "Letras mexicanas". México. 1966. Segunda edición, aumentada.

XIRAU, Ramón. *Antología*. Diana. México. 1989.